

ARMANDO URIBE ARCE:
VERSOS INÉDITOS

Nos engañaron, se desgañitaron
reconviniéndonos por ser nosotros
mismos, y no distintos a su guisa.
Pues efectivamente éramos raros
desde el punto de vista de sus rostros
y el de sus almas blancas como tiza.

De vez en cuando (todavía falta),
la llegada del día se nos pone nerviosa
con luz pero sin sol, nebulosa, velada,
borrosa, como si nos dieran de alta
de un hospital psiquiátrico o una profunda fosa
común, sin cruz, después de una palada.

(crf. duque de la Rochefoucauld: Máximas.)

La flojera o pereza me parece,
como al antiguo duque, la pasión
mayor de los humanos. ¿Qué me dices?
Parece que me hablaras de felices
sujetos y en verdad es procesión
que va por dentro de los que perecen.

En la tarde del sábado, a mil años
(sólo sesenta) de escribir “los sábados
nocturnos”, ya no voy a fiesta alguna,
no atravieso una calle iluminada por la luna
(pero ella luce igual que hace mil años,
o los sesenta que envejecen a este sábelotodo.)

Mayo de 2009